

te fue salvada. La balsa se detuvo por sí misma por un árbol inclinado hasta el agua, y M. O'B saltó á tierra.

Ocupámonos entonces en sacar nuestros efectos y tomar nota de nuestras nuevas pérdidas. Los paquetes que contenían todo lo que poseían el Assiniboine y su familia habían desaparecido; pero la fortuna nos había conservado nuestras escopetas, nuestros frascos de pólvora, y las escasas provisiones que aun teníamos.

El Monte Milton.—Abundancia de madera.—Paso del río.—Ramificación del Thompson septentrional.—Sin camino.—Paso del brazo nordeste. Estravio.—Dudas.—Resolución de ir á Kamptoups.—Descubrimiento alarmante.—Fin del camino.—Nos perdemos en el bosque.—Banquete con carne de oso.

Al día siguiente, dando un largo rodeo por la derecha para dar la vuelta á la cordillera que se dirige al Sur, entramos en el valle situado al Oeste. La senda no estaba bien trazada y pasaba por entre rocas y maderas incendiadas.

Cuando se trató de comer advertimos que habíamos perdido nuestra sartén y parte de nuestra vajilla de estaño; lo que nos obligó desde entonces á cocer en la marmita el pemmican y amasar en ella el pan.

En el fondo del barranco corría un arroyo que se encaminaba al Norte, para desaguar probablemente en el Fraser ó el Canot.

Al día siguiente salvamos la línea de cumbres de la cuenca del Thompson, en que entrábamos. Allí había un lago pantanoso, llamado en el mapa el *Lago Abreda*, que ocupaba el fondo del barranco, y seguimos un raudal que salía de él hacia el Mediodía. Delante de nosotros se elevaba una montaña magnífica cubierta de ventisqueros, que rodeaba el valle. Cheadle dió á esta montaña el nombre de Monte Milton. El sendero penetraba luego en el bosque de abetos, que allí presentaba enormes dimensiones.

El quinto día después de nuestra salida del Escondite, nos encontramos en la orilla derecha ú occidental de un afluente del Thompson. Al atravesarlo, nos vimos precisados, á fin de impedir que nuestros efectos se mojasen, á poner sobre nuestras cabezas la carga de nuestros caballos. Llegamos luego á un río profundo que salvamos, llevando estos por un antiguo dique de castores. Todavía estábamos rodeados de montañas nevadas y de escarpadas alturas que, cubiertas de abetos, cerraban por todas partes el valle.

El 25 de junio, dejando el monte Milton á la derecha, nos vimos detenidos por un caudaloso río de 60 metros de anchura, que corría cubriendo sus orillas con aguas procedentes del deshielo de los ventisqueros. Acampamos en el ángulo que formaba la confluencia para reconocer por dónde se dirigía la senda de los inmigrantes. Aquí encontramos uno de sus vi-

vacas, con mas madera cortada de la necesaria á las hogueras; de lo cual inferimos que habían construido una balsa, y pasado á esta confluencia, sobre el uno ú otro borde del río principal. Hasta entonces habíamos supuesto que habían subido, sin franquearla, la corriente que venía del Noroeste, en la dirección del Caribú; pero nos fue imposible descubrir por este lado senda alguna, y tampoco las halló el Assiniboine en la orilla oriental del río, á la cual se trasladó en una pequeña balsa.

Por seguro tuvimos que los inmigrantes habían ido á la orilla occidental, y que lo mejor para nosotros era hacer lo mismo.

Una inscripción había en un árbol, en la que se anunciaba que aquel era el punto en que el guía Andrés Cardenal había dejado á los inmigrantes para regresar á Edmonton; desde allí había mostrado las lejanas alturas del Caribú. Esta circunstancia, agregada á la aseveración de una mujer del *Escondite*, de que si nos dirigíamos al Caribú ó hacia el Kamloops, invertiríamos ocho días en el viaje, nos contentó mucho, aunque teníamos muy pocas provisiones.

La falta de té nos era mas sensible que la de la sal, de las conservas vegetales, y que cualquier otro requisito. Mas de un año hacía que nos absteníamos sin la menor dificultad, de todo estimulante alcohólico, pero nunca nos fue posible prescindir del té y del tabaco. Hasta entonces habíamos alargado la pequeña cantidad de este artículo que nos quedaba, mezclándola con lo que los indios llaman *Kinnikinnick*, que es la corteza interior del cornizo, especie de cerezo silvestre. Pero á la sazón no teníamos entre todos mas que para tres ó cuatro pipas, y resolvimos guardar este tabaco para alguna gran solemnidad.

Convencidos, no obstante, de que dentro de algunos días llegaríamos al término de nuestro viaje, pusimos mano á la construcción de una balsa.

El paso se verificó sin el menor percance, excepto que en el momento de acercarnos al río, M. O'B en su prisa por verse en tierra, saltó en un fondo bajo, siendo preciso que el Assiniboine le sacara del agua.

Al ponernos á investigar el camino, vimos con pesadumbre que habíamos abordado en un islote, y no en la orilla occidental del río, como deseábamos. La corriente del Noroeste se unía á la principal por dos bocas, y nos encontrábamos en el pequeño delta situado entre los dos brazos.

El día siguiente, el Assiniboine pasó el occidental por medio de una pendiente natural formada por la acumulación sobre un banco de arena, de los troncos arrastrados por las inundaciones; y no tardó en descubrir una senda que subía á lo largo del brazo del Noroeste, en la dirección del Caribú, pero terminaba bruscamente al cabo de una milla. El barranco era estrecho, las orillas escarpadas y sumamente pobla-



Valle del Thompson y monte Milton; lado occidental de las montañas pedregosas.



das de arbolado; y en fin, á la vista surgian unas montañas calizas.

Es indudable que los inmigrantes habian retrocedido ante la dificultad de abrirse un camino que les condujera al Caribú, y habian tomado el partido de volver á Kamloops. En efecto, el Assiniboine encontró otra vereda, acorde con esta suposicion, y que bajaba el rio en la direccion del Sur. Habia, pues, llegado el momento de decidirnos á penetrar, á pesar de tantos obstáculos, en el Caribú, ó á seguir la senda que se encaminaba hácia Kamloops.

Al efecto celebramos consejo, y despues de una larga discusion convinimos en que con nuestras fuerzas debilitadas, nuestros caballos rendidos de fatiga, nuestras provisiones tocando á su fin, y no contando sino con una sola hacha, nos seria imposible abrirnos paso al través de la casi impenetrable region del Oeste.

Con viva amargura renunciamos á nuestro proyecto por tanto tiempo meditado, de hallar un camino que en línea recta condujese á los campos del oro; pero tal tentativa nos parecia desesperada, é hicimos con tristeza nuestros paquetes para trasladarnos á la orilla occidental.

El puente de madera que la atravesaba nos evitaba el trabajo de construir una balsa; pero fue un árduo trabajo el pasar á hombro nuestro equipaje, porque los troncos confusamente hacinados hacian resbaladiza y difícil nuestra marcha, y la corriente penetraba en esta mole de obstáculos con tal violencia, que el movimiento y el estrépito ensordecedor de las aguas nos hacian volver la cabeza. Cuando pasamos este puente, que tenia por lo menos 40 metros de largo, nos fue preciso escalar con gran pena con nuestros fardos á la espalda, una orilla perpendicular ó muy poco menos, al través de montones de árboles caídos, antes de llegar á la senda que buscábamos. Ya trasladado el equipaje, nos ocupamos en conducir los caballos en el rio, por encima del dique, y nadando hasta un fondo alto situado en el centro, allí se detuvieron. Como el calor era sofocante, esperimantaban un gran placer en mantenerse en el agua fresca y en verse casi enteramente libres de tábanos y mosquitos; así es que trascurrió mas de una hora antes de que lográsemos hacerlos salir de ella. En vano nos valiamos para lograrlo, del paló y de las pedradas. Ya nos dirigiamos á Bucéfalo, ya al *Gran-Rojo*, ya al *Pequeño-Rojo*, ya al *Pardo*, ya al *Salvaje*, ya al *Pequeño-Negro*: nuestros castigos y gritos no dieron antes del indicado espacio de tiempo, resultado alguno.

El resto del dia no fue escaso en otras desdichas y dificultades, siéndonos preciso practicar otro camino al través de los árboles, sobre colinas muy ásperas.

En la tarde del segundo dia despues de nuestra sa-

lida de la isla, llegamos á dos vivacs sembrados de albardas, sillas y arneses. Por donde quiera se veian cedros cortados, y las astillas y pedazos de madera probaban que allí se habian construido balsas y canoas. Una inscripcion colocada en un árbol decia que aquel campo de los inmigrantes se llamaba el *Campo de la matanza*. Buscamos en todas direcciones un camino, pero no lo hallamos.

No podiamos equivocarnos, pues la verdad se traslucia de una manera harto grave: la partida de los inmigrantes habia perdido allí la esperanza de abrirse camino por entre bosques tan espesos y elevados, habiendo abandonado los caballos, dado muerte á los bueyes para procurarse provisiones, y construido balsas para bajar el rio hasta Kamloops.

Nada tenia de semejante nuestra situacion. Nuestras provisiones estaban casi reducidas á diez libras de pemmican, é igual cantidad de harina; es decir, á menos de lo que se necesitaba para alimentar á seis personas durante tres dias. No habia caza, y por otra parte nos quedaba muy poca pólvora; nuestros vestidos caian en girones, y nuestro calzado solo se sostenia á fuerza de remiendos de tela de embalaje. Como si esto no bastase, los caballos se hallaban debilitados por falta del suficiente sustento, solo teniamos un hacha india para abrirnos paso por el bosque, é ignorábamos cuáles serian la longitud y las dificultades del camino que aun nos faltaba recorrer. Por lo demás, hubiera sido correr á una perdicion segura el viajar en balsa sobre un rio desbordado, de fondo pedregoso y rápido como el Thompson.

Por la noche nos reunimos en torno de la hoguera de nuestro vivac, y deliberamos gravemente, fumando *kinnikinnik*, para aumentar nuestra filosofia; y despues de una madura discusion, se convino en que al dia siguiente el Assiniboine fuese á reconocer el pais, y que luego intentásemos si lo juzgaba posible, abrirnos paso al través del bosque.

Gran gozo nos causó ver llegar á nuestro guia, al declinar el dia, cargado con un pequeño oso negro, y al oírle decir que consideraba posible pasar adelante, aunque el camino habia de ser largo y penoso. Desde lo alto de la colina á cuyo pie estábamos acampados, habia visto á lo lejos, hácia el Sur, montañas que se elevaban unas sobre otras, y el interminable bosque de abetos estenderse en todas direcciones, sin señal alguna de sitios al descubierto; la única circunstancia favorable que habia advertido era que las alturas parecian deprimirse, y disminuir el número de las que se hallaban cubiertas de nieve.

Pusímonos todos á despellejar y hacer trozos el oso, y aquella noche tuvimos un gran banquete, pues era la primer carne fresca que llegaba á nuestras manos despues del carnero pardo muerto en Jasper-House; y aunque no teníamos pan ni sal para sazónarla, ni

té que beber, ni tabaco que fumar, nos pareció deliciosa. En tan solemne ocasion reemplazamos el tabaco, mezclando con el *kinnikinnik* que fumábamos el aceite sacado de nuestras pipas; pero este recurso se agotó en breve, y nos vimos reducidos al miserable ardid de fumar lisa y llanamente corteza de sauce.

Empezamos á trazarnos un camino en el bosque virgen.—Desastres.—Alimento cotidiano.—El monte Cheadle.—Frutos silvestres.—M. O.B. atraviesa un rio en triunfo.—Nuevos desencantos.—Mas provisiones.—El indio sin cabeza.—El Pequeño Negro es condenado á muerte.—Continúa el bosque.—Las Grandes rápidas.—Un verdadero calabozo.—La Puerta de Infierno.—Una huella.—Salida del bosque.

El 31 de julio dejamos el *Campo de la Matanza*, en medio de una lluvia que caia á torrentes, y entramos en el bosque sin camino.

Inmediatamente nos encontramos al pie de una rampa que se detenia á orillas del agua; pero la principal dificultad de este camino no consistia en lo muy escarpado que era. Preciso es haber visto un bosque virgen donde árboles gigantes han crecido y caido sin haber sentido el golpe del hacha por espacio de muchos siglos, para formar una idea exacta de estas moles impenetrables de maderaje. Los abetos y los tuyas adquieren todas sus naturales dimensiones; los patriarcas vegetales de 300 pies de elevacion levantan sus copas en una magestuosa soledad aérea; los mas tiernos se reúnen á sus pies en grupos espesos, pugnando por ocupar el sitio de algun gigante derribado. Los árboles secos, hacinados aquí y allí, forman barreras que por lo regular tienen de 6 á 8 pies de altura en todos sentidos. Troncos de cedros enormes vienen á tierra de pura podredumbre, y convertidos en montones de musgo, están medio enterrados en el suelo, sobre el que otros árboles igualmente poderosos se han tendido poco antes; árboles aun verdes y vivos, derribados por recientes huracanes, interceptan la vista, á causa de la muralla de tierra que retienen sus entrelazadas raices; troncos muertos, troncos podridos, troncos descortezados y troncos con todas sus ramas, derribados, tendidos, horizontales, inclinados, formando toda clase de ángulos; maderaje en todos los grados de desarrollo, en todas las épocas de la vida y de la descomposicion, en todas las situaciones posibles, y mezclados en todas las combinaciones imaginables. Si el terreno es pantanoso, está lleno de cornizos; por otra parte, hay innumerables aralias, lianas trepadoras, ensortijadas, de hojas anchas como las del ruibarbo, que por lo regular tienen la altura de un hombre. Sus tallos y sus hojas están erizados de fuertes espinas que desgarran los vestidos cuando se trata de abrirse paso por entre sus revueltas, masas y desuellan piernas y manos á causa de la inflamacion ocasionada por sus millares de picaduras.

El Assiniboine marchaba el primero, hacha en mano; seguíale su mujer guiando un caballo, y detrás iba el resto de la comitiva á la desfilada, llevando de la brida dos ó tres caballos. Estos, irritados algunas veces por los obstáculos, se arrojaban al través de los árboles en todas direcciones, siendo preciso cogerlos y luego encontrar de nuevo, con no pequeño trabajo, la senda casi borrada que habian dejado los que continuaron marchando.

Nuestro alimento consistia ya en lo que los mestizos llaman *rubebí*, que se prepara haciendo hervir en gran cantidad de agua espesada con un puñado de harina, un puñado de pemmican. La harina no tenia otro uso, y solo conservábamos tres ó cuatro libras.

El 1.º de agosto vimos una hermosa montaña cubierta de nieve, que al parecer nos cerraba el camino del valle. Milton, para devolver á su buen compañero el obsequio que de él habia recibido poco antes, dió á esta montaña el nombre de *Monte Cheadle*. A nuestra derecha se veia una montaña nevada, que denominamos *Monte de San Juan*.

El 3 encontramos una laguna de unos 300 metros de largo, donde los árboles escaseaban bastante. Este fue el primer espacio al descubierto que hallamos despues de diez dias. Nuestros ojos, acostumbrados á las tinieblas, quedaron deslumbrados. Aquí y allí cogimos puñados de frambuesas, y dos clases de mirtillos cuyas bayas eran tamañas como ciruelas, y tuvimos además la buena suerte de matar cuatro perdicés que nos sirvieron de cena.

Antes de venir la noche descubrimos un torrente que bajaba del Noroeste. Montamos á caballo para pasarlo, escepto M. O.B., que nunca pudo reconciliarse con la equitacion, despues de sus contratiempos en el Fraser. ¿Qué iba á hacer? El buen señor se obstinaba en no entregarse al lomo de un caballo, y la corriente era demasiado rápida y profunda para poder vadearla con seguridad. Despues de discutir con él algun tiempo harto inútilmente, metimos nuestros caballos en el agua, que el Assiniboine y su familia habian ya atravesado; pero el caballo de Cheadle no estaba á un metro de la orilla, cuando M. O.B., lanzándose tras él como un loco, cogió con ambas manos la cola flotante de Bucéfalo, y de esta manera llegó, triunfalmente remolcado, á la orilla opuesta. Este brillante triunfo le quitó para en lo sucesivo muchas de las inquietudes que le inspiraba el paso de los rios.

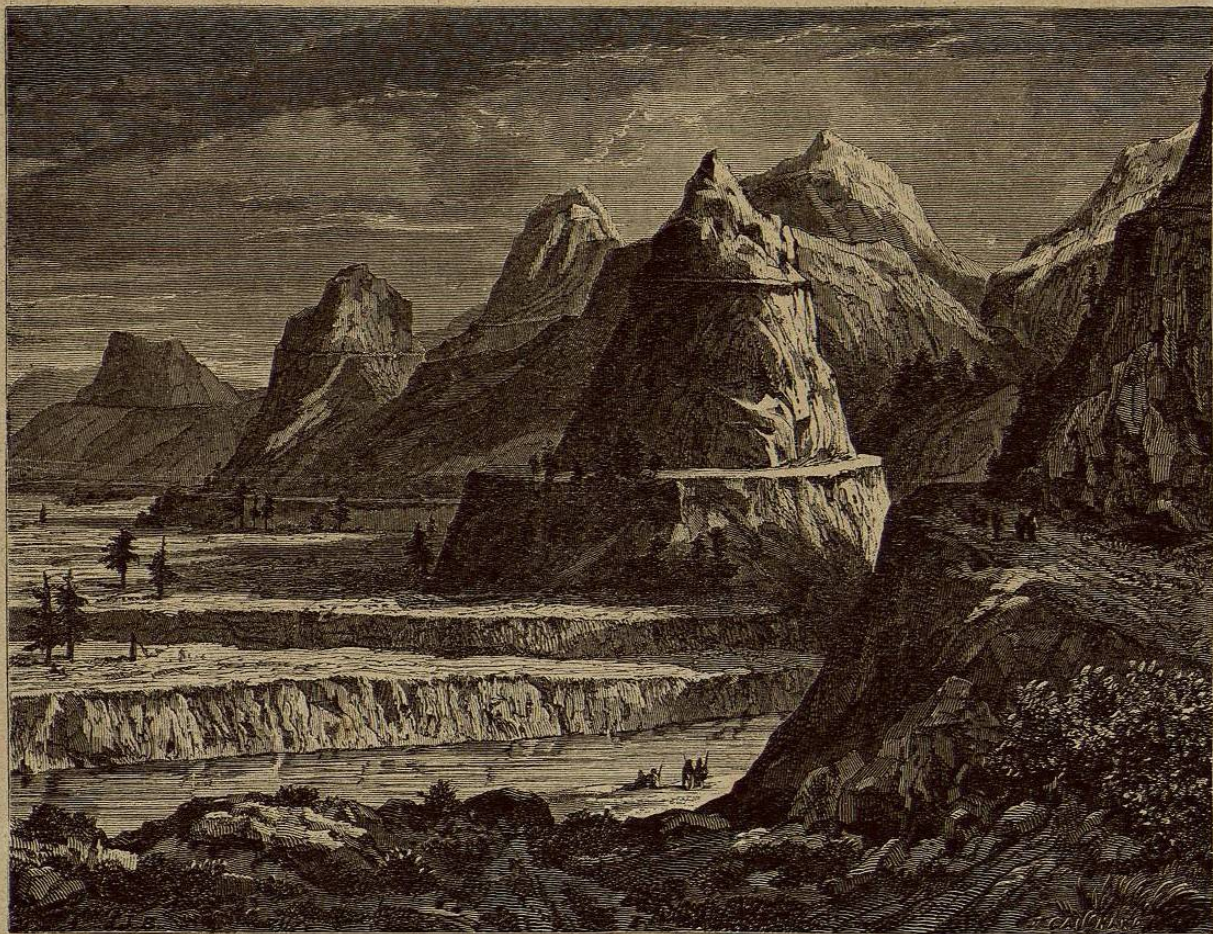
Despues de salir de la laguna, volvimos á engolfarnos en la espesura de los bosques, sin ningun sitio descubierto, durante muchos dias, emprendiendo de nuevo nuestra improba faena de abrir nuestro camino por entre la maleza, de guiar nuestros indócilos caballos, de sacarlos de sus atolladeros, y de alimentarnos miserablemente de *rubebí*.



El 7 de agosto, es decir, al octavo día de habernos perdido en el bosque, hubimos de atravesar otro río, el que (indicio favorable) tenía unos 30 metros de ancho, era poco profundo y trasparente, y no estaba engrosado por los hielos de las montañas. Pusimosle por nombre *Río Elsecar*. Poco despues se aumentaron nuestras esperanzas al ver que llegábamos á un terreno bastante llano, de cerca de una milla cuadrada de estension, en el punto en que se reunian cinco

valles estrechos. Pero despues de una detenida exploracion, echamos de ver que aquella pequeña llanura no era sino un oasis rodeado de montañas y alturas escarpadas, cubiertas de abetos, y del cual no se podia salir sino por medio de las gargantas encerradas entre sus diferentes cadenas.

Aquella noche dió fin nuestro último pedazo de pemmican, y solo nos quedó como un cuarteron de harina, siendo asi que aun teníamos que recorrer 100



Los terraplenes de la cuenca del Fraser.

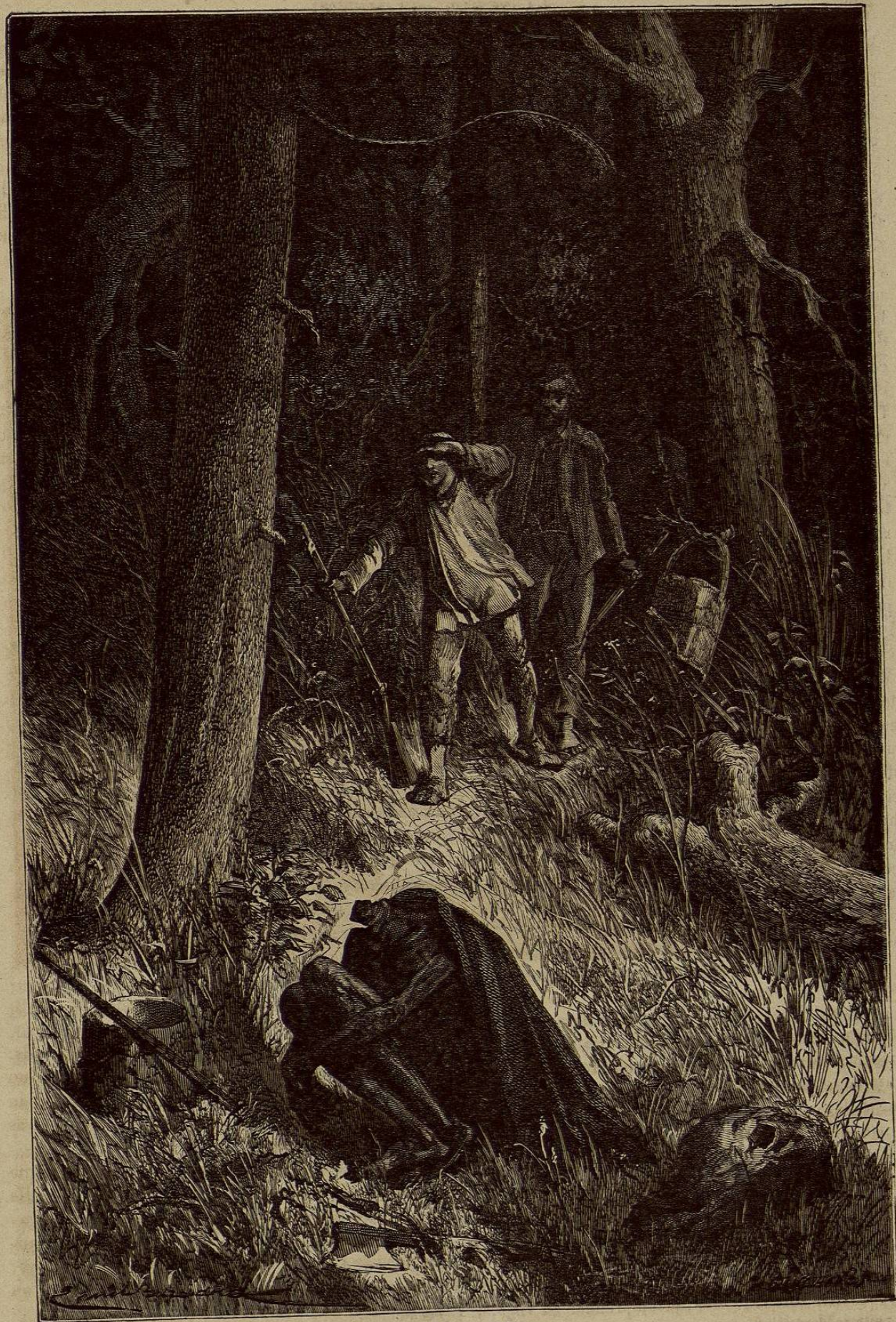
millas antes de llegar al fuerte. ¿Cómo subsistir, ó qué recurso prometerse en aquella inmensa soledad? El sepulcral silencio no era interrumpido por el canto de ningun pájaro, ni por el rumor de ningun ser viviente, y nuestra demacacion y nuestro cansancio nos infundian el triste convencimiento de que no podríamos continuar mucho tiempo nuestro viaje.

Terminada nuestra última comida, celebramos nuevo consejo. M. O'B. espuso la necesidad perentoria de matar el pequeño caballo negro que él acostumbraba dirigir; pero nuestro guia, que habia descubierto aquel día un oso, pidió una prórroga en favor del pobre *Pequeño Negro*.

Salió, pues, á caza en la siguiente madrugada; Cheadle y el jóven Assiniboine se encaminaron á un lago para cazar algunos de los ánades que habian visto el día anterior; Milton se puso á coger bayas de Mirtillo, y M. O'B. á leer.

La comitiva no estaba alegre, en verdad, porque no nos habíamos desayunado. Por la tarde, Cheadle y su jóven compañero regresaron con las manos vacías. No tardó en llegar el Assiniboine, quien echando al suelo una marta que traia, nos dijo con tristeza: *Solo esto he encontrado, y un hombre... pero es un cadáver.*

Nos indicó el sitio en que éste se hallaba, poco



El esqueleto en el bosque.